

ficie; pero el *seno*... ¿por qué ha de estar agostado?

Item más:

«Esquifes voladores...
Hollando el mar y el viento.»
(Eso de hollar el mar, puede pasar.
Pero eso otro del vicuto... Es mucho cuento.)

¡D. Manuel, D. Manuel, que huella usted demasiado la poesía!...

...Premie el talento

Que *acendra* la moral...»

(¿Conque *acendra*, eh?)

«*Feral* remordimiento...»

(¡Usted sí que es *feral*!)

Rompecabezas (hablando de la luna):

«De su casto fuego
La varia *alternación* súbito pruebe
Dentro de mi...» (¡Lo *entenderemos* luego!)

Lo que tiene de bueno este D. Manuel es que es muy cristiano, y muy campechano, y muy amante del pueblo.

¡Vaya!

No hay más que leer:

«...si truena
Contra el derecho y la razón sencilla
La *popular escoria*...»

¡Vaya usted con Dios, grandísimo... duque!

VI.

Le di á usted palabra, Sr. D. Manuel, hace unos cinco años, allá cuando á usted le plugo meterse en la renta de..... la Academia; es decir, cuando usted se metió á defender con admirable destemplanza á los marqueses de Molins, de la Pezuela, de Valmar y consortes fustigados en los *Rípios Aristocráticos*; le di á usted palabra de que, al coleccionar los RÍPIOS ACADÉMICOS, le acabaría de reventar á usted literanamente, y quiero cumplirla.

Y por si no queda usted bastante reventado con el artículo anterior, le dedico este otro.

Comenzando por decirle á usted con mi franqueza acostumbrada que, en clase de mal poeta, tiene usted una buena cualidad: la de no ser fecundo.

Afortunadamente ha compuesto usted, ó mejor dicho, ha descompuesto usted muy poco.

Hasta el año de 1859 un tomito de 250 páginas, y de entonces acá no más que alguna poesía que otra en honor y en aumento de alguna desgracia.

Porque esto siempre lo ha tenido usted, don Manuel.

En cuanto se ha muerto alguno, ha acudido usted en seguida con el soneto ó con la oda, como si, afligiendo á la literatura, se hubiera de consolar la familia.

Verdad es que, acaso por aquello de «mal de muchos.....»

Se murió Palafox, y salió usted preguntando:

«¿Qué resonante trueno es el que asorda
La región de los aires?»

Vamos, que se arrancó usted con una oda, diciendo á España:

«Que la implacable muerte
Tu más digno varón siega en su saña.»

Y diciéndola además:

«Espúreos hijos en tu suelo ahora
Nacen tan solo, y en feral batalla
Contra españoles pechos
Nubes asestan de infernal metralla.»

¡Mire usted que asestar nubes!.....

Se había muerto allá el año de 1811 un señor de Gabriel, y en cuanto usted lo oyó contar, salió soneteando de esta manera:

«Huérfano casi el trono de Fernando,
Triunfante aún la extraña felonía,
Tu generoso aliento no podía
Tranquilo soportar el yugo infando.....»
(Ni nosotros tu INFANDA poesía.)

Se murió el duque de Fera, y le disparó

usted en seguida al marqués de Auñón (¡justo castigo de su perversidad poética!) una andanada..... de sáficos y adónicas, capaces de hacer llorar, no solamente á la literatura, sino hasta al sereno de la calle.

Véanse las muestras:

«Hoy que al impulso de profunda pena
Dócil tu pecho, en abundoso llanto,
Sangre del alma á los hinchados ojos.....»
(¡Qué tontería!)

«Deja que el rayo de la muerte dura
Súbita causa de tu mal lamente.....»
(¡Qué malamente se pronuncia esto!).....
(Sigue, Manolo):

«Nacen las flores de preciado aroma,
Gala del campo, de la tierra orgullo,
Y aires de aciaga destrucción sedientos
Quiebran sus tallos.
Nace la yerba ponzoñosa y crece;
Crece y resiste el implacable abrojo;
(No es poesía, pero es cierto) y ambos
Viven y duran.»

Repito que esto es cierto, por desgracia, Sr. D. Manuel, y de ello le pondré yo á usted otro ejemplo en mejor prosa.

Nacen Espronceda, y Enrique Gil, verdaderos poetas, ó flores de preciado aroma, como usted decía, y se mueren pronto. Nace usted, verdadera hierba ponzoñosa, ó verdadero abrojo literario, y vive usted y dura ¡ay! y escribe..... y es usted más viejo que un palmar, y todavía escribe.....

Sigamos el inventario de los siniestros.

Quiso un loco dar una puñalada á doña Isabel, y como si no se hubiera llevado la pobre bastante susto, al otro día la asestó usted un soneto con los siguientes ripios agravantes:

«A S. M. la Reina Doña Isabel II después del horrible atentado del día 2 de Febrero de 1852.

SONETO.

Cual súbito aparece en *seco* estío,
Cuando más brilla el sol nube *sangrienta*,
Y se ennegrece y con fragor revienta,
Lanzando de su seno el rayo *impío*.

Tal en un pecho á las virtudes *frío*
Y á quien *cobarde* la traición alienta,
Nace crimen *adusto* con que afrenta
De la razón el *noble* poderío.

Pero es de Dios el brazo *soberano*.....»

Naturalmente. El brazo de Dios es soberano. Como también es el poderío *noble*, y el crimen *adusto*, y la traición *cobarde*, y el pecho *frío*, y el rayo *impío*, y el estío *seco*, y así sucesivamente: todo con trufas.

Siguiendo la cadena de desgracias, vino la revolución de Setiembre, que echó el trono á rodar; y entonces no lloró V., Sr. D. Manuel, ni *compuso* nada, ni siquiera el obligado soneto de otras veces; no se sabe si por que tenía usted miedo á los revolucionarios, ó porque esperaba algo de ellos.

Vino D. Alfonso, lo cual á V. quizá no le parecerá desgracia; pero en esto hay distintas

opiniones, y... lo que es para la literatura, sí que lo fué, y bien grande. Porque entre don Leopoldo Augusto, y usted, y otros así, perpetraron un tomo de versos muy malos.

La parte de usted que, por supuesto, es un soneto, dice:

«¡Viniste al fin!...»

¡Hombre, no! Vino al principio, me parece. Al fin, lo que hizo fué marcharse; es decir morir, que para el caso lo mismo dá:

«¡Viniste al fin! Como *tras noche* oscura
De tormenta y de horror... (*Pase el traspasnoche.*)

Y no contento con ese *tras... noche* empieza el segundo cuarteto con otro:

«*Tras noche* horrible de infernal locura
Brillas, astro de amor..

Brillas as...tro. Qué *desastrosa* combinación de palabras.

Lo demás todo es algo peorcillo, y... hasta otra.

Se murió Doña Mercedes de Orleans, la primera mujer de D. Alfonso, y aquí ya le pareció á usted poco una *poesía*, y la enjergó usted dos; una en el cesto de cardos literarios que reunió para conmemorar aquel amargo trance Carlos Coello (q. s. g. h.), y otra para el manojito de ortigas poéticas que formó con tan triste motivo D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

La primera es un romance muy largo y muy pesado y muy lleno de ripios.

Empieza así:

«Pueblo que ansioso te *agolpas*...»

Tras de este *golpe*, ó tras de este *agolpamiento* antipoético, suelta versos tan dulces como este:

»Freno *pon* á la zozobra...»

y estrofas tan... ripios como esta:

«Sumo Dios Omnipotente,
Origen, *esencia* y causa
De cuanto ven nuestros ojos
Y la inmensidad abarca,
Mira benigno á la hermosa...»

Bueno, que la mire; pero mire usted también lo que escribe, y no barbarice, señor don Manuel, ni escriba herejías como esa de la *esencia*.

Usted está acostumbrado á meter en los versos todos los ripios que le hacen falta, ó todas las palabras que se le vienen á la boca, y en la necesidad de llenar ahí cuatro versos con un vocativo, dice usted de Dios cinco ó seis cosas, una de las cuales no puede decirse.

Porque Dios es Sumo y Omnipotente y es la causa y el origen del mundo, pero no es la *esencia* del mundo: Dios y el mundo son dos esencias distintas. Y eso de decir que Dios es *esencia* del mundo ó que Dios y el mundo

son una misma *esencia*, ha de saber usted que es una herejía más fea que Cánovas, y creo que también más vieja, llamada panteísmo.

Para que vea usted, D. Manuel, que no se puede escribir *ad vultum tuum* porque, á lo mejor se mete la pata.

Como la vuelve usted á meter un poco más adelante en otra estrofa, que refiriéndose, á el Escorial, dice:

«Al *espléndido* edificio
Que *audaz* se remonta al cielo,
Del gran Felipe Segundo
Palacio y sepulcro á un tiempo...»

Esto no es herejía, pero es disparate.

«Palacio y sepulcro á un tiempo...»

No, señor, á un tiempo, no. Primero fué palacio y después fué sepulcro.

Esto aparte de que por la menguada construcción de usted parece que el palacio y sepulcro á un tiempo de Felipe II, es el cielo, y no el Escorial. ¡Chancleta!

Más adelante, entre los muchos epítetos impertinentes que usted siembra, llama usted á una bóveda *encumbrada*, lo cual es una tontería, y llama usted *hispánica* á la fe del mártir San Lorenzo, lo cual tampoco está bien, porque la fe de San Lorenzo no era *hispánica*; era *católica*.

Después dice usted de Doña Mercedes:

«Feliz tú, que en *verdes* años
Como cierva fugitiva...»

¿*Verdes* años? ¡Qué tonterías dice usted,
señor don Manuel!

Los años de doña Mercedes ¿por qué habían de ser verdes? Serían blancos, pues todos convienen en que era una joven muy buena.

Sino que ustedes los *poetas*, así, á lo académico, son terribles; ponen ustedes *verde* al lucero del alba.

Y cuenta que en esto reincide usted luego, poniendo en boca de otra reina del siglo XVI este verso:

«Yo también en *verdes* años...»

¡Dale con que los años de todos han de ser *verdes*! ¡Qué afición al verde, hombre!

Otra estrofa dice:

«En vano el *rencor verdugo*
De las altas jerarquías...»

Donde no se sabe si habla usted del rencor de las altas jerarquías, al cual en su afán de poner motes llama usted *verdugo*, ó si quiere usted decir que el rencor es verdugo de las altas jerarquías.

«Que fué mi *fatal locura*...»

dice usted en otro verso: *fatal locura*... ¿A que no es usted capaz de pronunciarlo claro?

Pues la otra *descomposición* que dedicó usted á la misma desgracia es peor todavía.

Como que en ella dice usted de la *parca horrible* que

«.....abate
Con impetu *feral* la *fresca* rosa
Gala y honor de la *eminente* cumbre».

Y dirigiéndose al viudo le dice usted:

«Doblega
Sumiso el cuello á su mandato y *saca*...»

¿La petaca? Cualquiera cree que le va usted á mandar sacar la petaca, y le manda usted sacar «nueva fuerza»...

¿Pero qué más?... ¡Si hasta el dolor de la Santísima Virgen ha profanado usted dedicándola una *poesía* muy mala y muy llena de epítetos inútiles!... Ahí va una muestra:

¡Ay, que la *madre* tierra
En *hondas* convulsiones... y la lumbre
Del sol se oculta en *lúgubres* crespones.
Y la *enriscada* cumbre
Llaman despide. De la *blanca* luna
El *argentado* disco,
Sangre destila. Y la *rosada* aurora
Mustio su resplandor, *lágrimas* llora.
(¿Quizá se lloran rábanos ahora?)
Las *fúlgidas* centellas
De las *claras* estrellas
Pierden su luz. En *ronco* torbellino
Braman los aires. El *menudo* polvo
Sube á la esfera en *turbio* remolino
Y el valle gime con el *sordo* acento
De la *funérea* trompa...
(¡Ojalá se te rompa!)

Pero hombre... ¿No sabe usted que hay que dar cuenta á Dios de las palabras ociosas? ¿Y le parece á usted que no es bien ocioso decir, por ejemplo: que el polvo es *menudo*, que el remolino es *turbio*, que las estrellas son *claras*, que las centellas son *fúlgidas*, que la luna es *blanca*, etc., etc.?

Adulando á Sartorius, cuando era personaje, decía usted:

«Ya que de la pátria escena
La *vil servitud* rompiste...»

¡Pero qué afán de decir las cosas mal!
¡Qué afán de expresarse de la manera más revesada!

Decía el marqués de Valdegamas que, desde el pecado original, entre la razón humana y el absurdo existe una atracción invencible. No negaré yo que sea cierta la atrevida afirmación del gran filósofo católico; pero es todavía más invencible y más constante la atracción que existe entre el académico y el desatino.

«La *vil servitud* rompiste...»

Ni *servitud* es castellano, Sr. D. Manuel, ni *vil* hacía falta, ni necesitaba usted para expresarse como Dios manda más que haber dicho:

«Ya que de la pátria escena
La *servidumbre* rompiste...»

Esto era lo natural, lo sencillo, lo bello...

mas por eso mismo no era lo académico. Y por eso usted puso en lugar de «servidumbre», palabra castiza, *vil servitud*, un epíteto innecesario y un latinismo repugnante.

Pero voy á completar la redondilla, porque la segunda mitad es peor que la primera, si cabe:

«Ya que de la patria escena
La *vil servitud* rompiste,
Y al numen de Lope abriste
Más ancha y *fecunda* arena»....

Suponiendo que, «el numen de Lope,» quiere ser el numen dramático, el numen teatral, suposición harto gratuita, puesto que en España ha habido poetas dramáticos mejores que Lope de Vega, y puesto que Lope de Vega no fué exclusivamente poeta dramático sino que escribió de todo; suponiendo eso, todavía lo de *la arena*, lo de abrir arena al numen, lo de abrirle arena más *ancha* y *fecunda*, llamando fecunda á la arena del circo ó del palenque es una barbaridad ó un conjunto de barbaridades de tomo y... espalda de usted. ¡Pues si precisamente la bondad de la arena de los circos está en que sea infecunda, en que no dé hierba!

Dedica usted un soneto al Sr. Tamayo para felicitarle por un triunfo teatral, y de los catorce versos emplea usted seis en poner la fecha: eso después de haber puesto cinco renglones de título.

Véanse los rodeos y los ripios que emplea usted para decir *En Sevilla*:

«Del claro Betis en la fresca orilla,
Donde procura el corazón herido
Sepultar para siempre en el olvido
Triste memoria que mi frente humilla;
Donde aún la causa de mis males brilla
Para irritar el pecho dolorido,
Súbito llega á regalar mi oído....., etc.»

Ya se ve que los seis primeros versos pueden sustituirse con estas palabras:

«En Sevilla

Súbito llega á regalar mi oído....., etc.»

¿Y por qué llamó usted soneto á eso?

¿No sabe usted que el soneto ha de desarrollar un pensamiento solo desde el principio hasta el fin?

También tuvo usted una vez la mala ocurrencia de escribir una epístola á su compañero D. Aureliano Fernández: mala ocurrencia, porque las simplezas que usted le escribió en ella se las podía haber dicho al oído en la Academia cualquiera noche, sin necesidad de molestar con ellas al público.

Total, que le escribe usted desde un valle repuesto, por donde corre..... no corre, sino que se desata, un río en sesgo curso, y le dice usted que se sube á los altos montes y busca salud en la eminente cumbre, respirando los aires benéficos del mar ancho, y así por este estilo.

También ha escrito V. otra epístola al marqués de Molins, contándole la tontería de que

«la roja Ceres
Los áureos granos en la troje humilla.»

Y la de que

«Del ancho Betis en la fresca orilla,
¡Cuántas veces rompiendo la cadena
Del propincuo dolor!.....»

Y las de que la inquietud es acerba, y la voluntad del cielo es peregrina, y la audacia es interesable.....

Y también le dice usted:

«...Generoso
Tú, además, gozas en mirarme orlado.»

¡Y que no estaría usted mono ni nada!..... Pero también compuso usted un soneto que que decía:

«No es infalible signo de nobleza
Regio blasón, ni alcázar esplendente,
Ni el poder que se juzga omnipotente,
Ni el brillo seductor de la riqueza.
Con menos aparato de grandeza
Brotó en el corazón: es clara fuente
Cuya virtud ensalza al indigente
Y el orgullo castiga y la flaqueza.»

¡Cualquiera adivina que todo este fárrago de palabras se dirige á un sastre!

Y sin embargo..... al sastre Caracuel, cuando estaba de moda, dirigía usted ese soneto,

quizá con el siniestro fin de que le vistiera á usted gratis.

Y luego..... ¡qué prosaismos!

Ni el poder *que se juzga* omnipotente...

Con menos aparato de grandeza...

Cuya virtud ensalza al indigente...

¡D. Manuel, D. Manuel!..... ¿Y á estas cosas las llama usted poesías?

¡Qué han de ser poesías, hombre!

Estas son cañeterías y..... nada más.

VII.

D. Aureliano es otro *poeta* de vuelo académico, que es como decir de vuelo bajo, tan ripioso como Cañete.

Y tan insulso.

Y muy poco menos antipático.

Hablo de D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, y no sé si alguna cosa más, académico de todas las Academias existentes y de otras varias.

El cual, con capa de cristiano, debe de ser epicureo ó cosa parecida.

Porque verán ustedes la moral que usa don Aureliano escribiendo, ó por lo menos la que usaba hace unos veinte años, cuando, por halagar á Manzanedo, escribió *El libro de Santoña*.

Refería la hazaña principal ó más bien la única de aquel hombre, que es la de haberse hecho muy rico, y exclamaba en su estilo académico:

«No hay *dudar* que fueron de esta suerte bien merecidas las grandes cruces de Isabel